

## LA ELECCIÓN DE CARRERA

(Conclusión)

## III

LA exclamación del padre revelaba temor y Langustia.

Había surgido de repente en su memoria la imagen de todas las luchas y las desilusiones. Por esto dijo con expresión sincera de terror:

—¡ Tú, autor dramático!

—¿ No lo has sido tú?—repuso el hijo.—¿ Por qué te asombra que yo quiera serlo?

—Por lo mismo que yo lo fuí, y que conozco esa profesión prácticamente.

—Me parece que no te ha ido tan mal...

—He salido del paso de la mejor manera posible. Mas si no he sido víctima, en cambio he presenciado cosas terribles. Los que no conocen esa profesión juzgan de ella por las victorias de los que triunfan, sin ver la inmensa masa de los vencidos. Para uno que obtiene éxito, hay ciento que fracasan; y la existencia de estos últimos se halla agitada por las más agudas y amargas pasiones; el amor propio herido, la codicia insaciable, la envidia perpétuamente exasperada... Dios me libre de renegar de lo que yo he adorado. Sí; el arte dramático es bellísimo; pero constituye la más espantosa de todas las profesiones.

—¡ Convenido!—respondió alegremente el hijo;—pero no me negarás que esa clase de trabajo es de los que mayor deleite producen. Ser autor dramático equivale á pasar el día representando el papel de Providencia. Es crear seres vivos, hacerlos hablar, infundirles un alma, influir en sus destinos, enriquecerlos, arruinarlos, darles premio y castigo... ¿ Hay algo que pueda apasionar más á un hombre? El mundo entero parece creado para solaz del autor dramático.

—Todo esto es muy bonito, sin duda alguna,—dijo el padre;—pero dejemos á un lado las frases pintorescas y hablemos seriamente.

—Pues bien,—repuso el hijo,—lo serio es lo siguiente: Yo creo escribir para el teatro, porque es lo único que me gusta, y porque conozco que no sirvo para otra cosa. ¿ Tengo talento? No lo sé. Pero prefiero mil veces casarme con la mujer á la cual adoro, aunque ella no me corresponda, aunque sepa que ha de engañarme, que dar mi mano á la que aborrezco... Pues bien, yo aborrezco todo lo que no sea la vida del teatro. ¿ Los negocios? Me abruman. ¿ La medicina? Me repugna. ¿ El foro? No tengo facultades oratorias. ¿ La industria? Nunca entendería una palabra de esas cosas. Todo lo que se resuelva con cifras, con cálculos, con operaciones comerciales, ó por medio de la mecánica, me es repulsivo. Pero, en

cambio, todo lo que sea espectáculo, escena, diálogos, decoraciones, conflicto dramático y choque de pasiones, me entusiasma y encanta. ¡ La culpa es tuya; lo llevo en la sangre! ¡ Además, tú no has tenido inconveniente en que mi hermano fuese pintor!

—¡ Es muy diferente!—exclamó el padre.

—Sí, hay diferencia; pero en ventaja nuestra. El pintor necesita pinceles, colores, lienzos, modelo, taller... ¡ Un taller! Es decir, una cárcel. Casi nunca pueda trabajar más que entre cuatro paredes, como un cautivo. Nuestro gabinete de estudio, en cambio, se halla en todas partes, y llevamos siempre encima los instrumentos de trabajo. Con una pluma, un poco de tinta y un cuaderno de papel, que todo junto podrá valer cincuenta céntimos, tenemos cuanto nos hace falta para realizar una obra perfecta.

—Miren el bribón,—se dijo así mismo el padre,—¿ cómo repite lo que me ha oído decir muchas veces!..

Pero recobrando en seguida el sentimiento de su deber, respondió con calma después de un instante de silencio:

Opino absolutamente lo mismo que tú, puesto que no me hablas más que de los goces del trabajo. Sobre este punto es poco todo lo que se diga. Pero no es lo principal escribir una obra dramática; lo importante es hacerla representar. El día en que un autor escribe la palabra *fin* en la última página de su manuscrito, apodérase de él un gozo febril. ¡ Desgraciado! Debiera añadir: *¡ fin de mi felicidad!* Entonces empieza su tormento. El pintor, una vez terminado su cuadro lo envía al jurado de la exposición, y por poco talento que posea, tiene la seguridad de que le será admitido. Solo se expone á ser rechazado siendo un pintor de génio... Y hoy ni aún esto sirve de obstáculo. Pero supongamos que tú crees haber escrito una obra maestra. ¡ No importa! Estás condenado al papel de solicitante desatendido y de importuno relegado á la puerta. ¡ Vamos!... Armate de valor; coje tú manuscrito acariciado durante tanto tiempo y empieza á pasearlo humildemente de teatro en teatro. No pides la inmediata representación, solicitas solamente que te juzguen la obra... que la lean. *Volved dentro de un mes.* Pasado este tiempo: *Volved dentro de seis semanas.* Al cabo de las seis semanas: *Queda para la temporada próxima. Tenemos infinidad de manuscritos.*

—Pero al fin—contestó el hijo un poco desconcertado—concluyen por leerla.

—Sí; para contestar: «Vuestra obra se halla escrita con mucho talento y con gran ingénio... Quizá con demasiado ingénio. El estilo es brillante; hay buenas situaciones... Debeis, pues,

llevarla... á otro teatro en que se representen esta clase de obras, y donde la vuestra obtendrá, sin duda, el éxito que merece.»

—¡Pero algunas veces aceptan las obras!— repuso el hijo.

—Sí; las aceptan, y las ensayan. Imagina, pues, que te hallas ya en el escenario. ¡Nuevo suplicio, sobre todo si eres principiante! ¡Exigente el sacrificio de los trozos que has trabajado con mayor cariño! La dama joven te pide una escena para el último acto. Uno de los principales personajes te amenaza con devolver su papel porque un compañero suyo tiene escenas de más efecto. El actor cómico quiere ser amado á todo trance, y dice:—«Me parece que mi papel tiene bastante importancia para que yo contraiga matrimonio en el desenlace.»

El padre del entusiasta joven siguió exponiendo á su hijo las escabrosidades de la carrera dramática, pintándole con gran colorido las intrigas de bastidores y las pretensiones de los artistas de la escena.

—Será todo lo que tú quieras,—dijo vivamente el hijo,—pero al fin y al cabo llega el día de la representación, y entonces todo se olvida. ¡Qué embriaguez se apodera del autor dramático! No me hables del pintor ni de su miserable cuadro perdido entre otros mil y desfigurado por la proximidad de todos los lienzos chillones que forman allí un abigarrado contraste. Nuestras obras aparecen solas en la escena, animadas, vivas... Todos los artistas de talento que las interpretan coinciden en un solo objeto: convertir en creación nuestro trabajo; hacer de nuestra obra un sér real, humano... Y á esta obra no se le concede una atención pasajera como á los cuadros; no se la examina con mirada rápida, sino que se la sigue lentamente acto tras acto, escena por escena, palabra por palabra; y nuestro pensamiento va penetrando en el alma del espectador abierta á las más nobles y elevadas emociones. La multitud se estremece á cada una de nuestras palabras, que le hacen palpar y prorumpir en aclamaciones.

—Sí,—repuso el padre friamente,—ménos cuando te silban...

El hijo se estremeció ligeramente con el recuerdo de los silbidos.

Pero luego se repuso, y dijo:

—Silbidos... silbidos. Pues bien, sí; nos exponemos á recibirlos, como el militar se expone á recibir balazos.

—Pero, fíjate en que los silbidos tienen consecuencias terribles. El fracaso del pintor es una derrota casi anónima. Su dolor único es el olvido. Se le omite, no se habla de él... hé aquí toda su pena. ¡Pero el autor caído!... ¡Oh! durante muchos días le acompañan el eco y la memoria del

desastre. Semanas enteras pasan los periódicos publicando su nombre con adjetivos muy poco halagüeños, y el público lee también acto por acto, escena por escena, el relato del argumento en tono de burla. ¡Y los críticos que le atribuyen lo que no ha dicho! Y sus enemigos que le suponen intenciones que no ha tenido! ¡Y sus intérpretes que lo abandonan! ¡Los intérpretes! En esta frase se halla la condenación de la carrera. El pintor no necesita intérpretes. No le hacen falta actores, ni directores, ni artistas que decoren la escena. Su obra se presenta sola, y sola también se defiende y obtiene el éxito.

—Convencido,—repuso el hijo;—pero cuando nosotros triunfamos, ¡qué diferencia entre su triunfo y el nuestro! Su cuadro, apenas terminado el brillo de la Exposición, vá á perderse en esas necrópolis llamadas colecciones, y no sale de allí más que de tiempo en tiempo,—como espectros que salen de la tumba—para aparecer temporalmente en alguna venta de objetos artísticos y sumergirse despues entre las tinieblas de un museo donde lo encuentran los viajeros que corren las salas rápidamente.

—Tiene verbosidad este muchacho,—pensó el padre;—¡sabe dialogar admirablemente!

—Los pintores no poseen más que un ejemplar de sus obras! Nosotros tenemos las nuestras reproducidas por millares. Un cuadro se halla aprisionado en su marco: una obra de teatro tiene alas. Puede emprender su vuelo hácia todas las partes del mundo. En un mismo día es representada en diez, en veinte ciudades. ¿Parte una gran actriz para España, para Italia, para Rusia, para el Nuevo Mundo? Pues la obra dramática parte con ella, y conquista la América. Sé bien que esa conquista no aprovecha al autor tanto como á la actriz. Mas por lo ménos se adquieren fama y nombre en aquellos remotos países. ¿Y las nuevas representaciones al cabo de veinte ó treinta años, que te proporcionan el placer de ser aplaudido por dos generaciones distintas? ¿Y los derechos de autor?... ¡Porque al fin y al cabo tenemos que hablar de esto un poco! Ciertamente, no cobramos de una sola vez tanto como los pintores á quienes les vale á veces una sola tela de algunos piés cuadrados de dimensión cantidades de cien mil francos... Pero si nuestra obra no es una gallina de huevos de oro, tiene en cambio la ventaja de poner durante mucho tiempo. A veces, en el espacio de medio siglo, esa gallina pone de tiempo en tiempo un huevo para provecho de nuestros descendientes.

¡Legamos esta sombra á nuestros sucesores, ha dicho La Fontaine! ¿Por qué pretendes tú privarme de la posibilidad de hacer también á tus nietos futuros esos regalos de ultratumba?

El padre se echó á reir, y dijo :

—Crees que estoy desarmado porque me he reído ; pero no te he hablado aún de la más exasperante miseria de esta terrible profesión, *el azar*. Todas las carreras son azarasas ; pero en el teatro todo es lotería. ¿ Te figuras que basta para obtener éxito hacer una buena obra, bien sostenida, bien escrita, bien ejecutada...? ¡ Error! Yo he visto actores que despues de ser muy aplaudidos en el ensayo general, han caido en la noche del estreno. Y he visto á las mismas personas que en la víspera encontraban admirable la obra, hallarla detestable al dia siguiente. La óptica, el número de espectadores, la disposición de la platea, el suceso del dia, la temperatura... todo contribuye á la metamórfosis de la obra cuando aparece en la escena ! ¡ Ni siquiera el mismo autor la reconoce ! Lo que habrás juzgado tierno y conmovedor, resulta frio, y lo que creías alegre, es triste ! ¡ Los actores, llenos de fuego ayer, están hoy helados...! Gravita sobre ellos y sobre la obra no sé qué influencia invisible y fatal parecida á un sortilegio. ¡ Es cosa de volverse loco !

— ¡ Pues bien ! ¡ tanto mejor,—repuso el hijo;— esto es precisamente el placer supremo ! ¡ Lo desconocido ! ¡ Lo imprevisto ! ¡ El autor dramático siente todas las febriles embriagueces del juego y todas las puras embriagueces del arte !

— ¡ Bah !... ¡ bah !—exclamó el padre,—doy por terminado mi papel de censor. He cumplido con mi deber. Te he advertido. ¡ Llevar las cosas más allá seria ya proceder como un renegado ! ¿ Quieres que te diga mi última palabra ? Pues bien, estás mil veces en error al querer ser autor dramático ; pero ¡ cuánta razón tienes ! Nuestro arte se parece al amor ; es el mejor de los males hasta cuando no es el mejor de los bienes. Pero, entiéndelo perfectamente. ¿ Quieres ser feliz con este ? Pues ámale por sí mismo. Si te produce reputación y fortuna, ¡ tanto mejor ! Pero no te preocupes de la dote. El artista gratamente dedicado á su arte se parece al hombre que ha contraído nupcias con la mujer á lacual ama. ¿ Qué importa que ella sea rica, ni qué importa que las demás la admiren ? Su única felicidad consiste en poseerla... á ella ; á ella sola. ¡ Adelante, pues, y buena suerte ! Solamente deseo que no empieces como yo. Mi primera obra dramática fué tan horriblemente silbada, que no se pudo concluir.

El hijo lo miró un instante en silencio, y despues, abrazádole, dijo :

— ¡ Ah ! es que tú no tenias el padre que tengo yo.

A estas palabras el pobre hombre se sintió dominado por la emocion, lo cual habiendo sido observado por el muchacho, hizo que éste le estrechara cariñosamente, diciéndole :

— ¡ Figúrate la utilidad que tú me puedes prestar ! El arte no se aprende ; pero la manera de hacer, el oficio, esto sí que es susceptible de enseñanza. ¡ Tú me darás lecciones...!

— Puedo hacer algo más,—contestó el padre. Comprende, hijo mio, que á mi edad la imaginacion se apaga, la fuerza creadora se declara en quiebra ; pero la facultad de observacion subsiste. Recorriendo contigo esta sociedad dé donde has de sacar tus comedias, yo podré señalarte muchas cosas que tú quizá dejarías de notar. Tú serás el cazador que mata la pieza, mientras que yo...—añadió el padre,—yo seré el perro que hace levantar la caza. Esta será *mi segunda obra dramática* ¡ Considera qué cosa tan extraña ! La carrera de vosotros dos me espantaba... y ahora causa mi alegría. Gracias á tu hermano, un porvenir nuevo se abre delante de mí ; y gracias a tí empieza otra vez mi pasado. ¡ Vamos ! Dios, al darnos hijos, sabe perfectamente lo que se hace. Por medio de ellos gozamos de dos existencias ; ¡ la nuestra y la suya !

ERNESTO LEGOUVÉ.

## AUSENCIA

Cert que es un fer torment  
lo mal d' ausencia,  
Cert que es un fer torment  
L' anyorament.

JOSEPH ANSELM CLAVÉ.

Qué triste es el vivir, hermosa mía,  
De tí lejos morando !

¡ Condenado á vivir, por suerte impía,  
En tí siempre pensando !

¡ Oh momentos felices de alborozo  
Corridos á tu lado  
Entre el amor, la ilusión y el gozo,  
Cuán presto habeis pasado !

Ver me parece aun tu faz divina  
Radiante de belleza,  
Dó se pinta la imagen peregrina  
De virginal pureza.

Una mirada de tus bellos ojos  
Mi pecho derritía,  
Y una palabra de tus labios rojos  
De amor mi alma pendía.

Al mirar tu gentil y esbelto talle,  
Creía ver la palma  
Que el aura mece en el frondoso valle  
Con apacible calma.

Entonces feliz era, y no pensaba  
Que toda dicha es breve ;  
Que la felicidad pronto se acaba,  
Fugaz cual bruma leve.

Todo pasó : mis dias de ventura  
Cual un soplo duraron ;  
Solo de tu bondad y tu hermosura  
Recuerdos me quedaron.